

AMOR

Volumen 1 – Sermón No. 229

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
19 DE DICIEMBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”
1Juan 4:19***

Durante los últimos dos días de reposo, he estado predicando el Evangelio a los inconversos. He exhortado encarecidamente al primero de los pecadores a mirar a Jesucristo, y les he asegurado que, como preparación para venir a Cristo, no necesitan buenas obras ni buenas disposiciones, sino que pueden venir tal como son, al pie de la cruz y recibir la sangre perdonadora y los méritos suficientes del Señor Jesucristo.

Desde entonces, se me ha ocurrido la idea de que algunos que ignoraban el Evangelio tal vez podrían hacer esta pregunta: ¿es probable que esto promueva la moralidad? Si el Evangelio es una proclamación de perdón para el primero de los pecadores, ¿no será esto una licencia para pecar? ¿En qué aspectos puede decirse que el Evangelio es un Evangelio según la santidad? ¿Cómo operará tal predicación? ¿Hará que los hombres sean mejores? ¿Estarán más atentos a las leyes que tienen que ver con la relación entre los hombres? ¿Serán más obedientes a los estatutos que se relacionan con el hombre y Dios?

Por lo tanto, pensé que avanzaríamos un paso más y nos esforzaríamos por mostrar esta mañana cómo la proclamación del Evangelio de Dios, aunque al principio se dirige a hombres que están completamente desprovistos de todo bien, está diseñada, no obstante, para guiar a estos muy hombres a las alturas más nobles de la virtud, sí, a la máxima perfección en santidad. El texto nos dice que el efecto del Evangelio recibido en el corazón es que obliga y constriñe a tal corazón a amar a Dios. “Nosotros lo amamos, porque Él nos amó primero”.

Cuando el Evangelio llega a nosotros no nos encuentra amando a Dios, no espera nada de nosotros, pero viniendo con la divina aplicación del Espíritu Santo, simplemente nos asegura que Dios nos ama, aunque estemos tan profundamente sumergidos en el pecado, y luego, el efecto posterior de esta proclamación de amor es que “Nosotros lo amamos, porque él nos amó primero”.

¿Te imaginas un ser colocado a medio camino entre este mundo y el cielo? ¿Pueden concebirlo con capacidades tan ampliadas que pudiera discernir fácilmente lo que se hacía en el cielo y lo que se hacía en la tierra? Puedo concebir que antes de la caída, si tal ser hubiera existido, habría quedado impresionado por la singular armonía que existía entre el gran mundo de Dios, llamado cielo, y el pequeño mundo, la tierra.

Cada vez que sonaban las campanadas del cielo, la gran nota de esas enormes campanas era amor, y cuando sonaron las campanillas de la tierra, las armonías de esta estrecha esfera resonaron con su nota, y fue exactamente lo mismo, amor. Cuando los espíritus resplandecientes se reunían alrededor del gran trono de Dios en el cielo para magnificar al Señor, al mismo tiempo se podía ver el mundo, vestido con sus vestiduras sacerdotales, ofreciendo su sacrificio de alabanza más pura.

Cuando los querubines y los serafines clamaban continuamente: "Santo, santo, santo, Señor, Dios de los ejércitos", se oía una nota, quizás más débil, pero igualmente dulcemente musical, que subía del paraíso: "Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos". No hubo sacudidas, ni discordia, los repiques de trueno de las melodías del cielo estaban exactamente de acuerdo con los susurros de las armonías de la tierra. Había "gloria a Dios en las alturas", y en la tierra también había gloria, el corazón del hombre era como el corazón de Dios, Dios amaba al hombre y el hombre amaba a Dios.

Pero imagina que ese mismo gran Espíritu todavía está parado entre los cielos y la tierra, ¡cuán triste debe estar, cuando escucha el ruido discordante y siente que roza el oído! El Señor dice: "Estoy reconciliado contigo, he quitado tu pecado", pero ¿cuál es la respuesta de esta tierra? La respuesta del mundo es: "El hombre está en enemistad con Dios: Dios puede reconciliarle, pero el hombre no. La masa de los hombres sigue siendo enemiga de Dios por sus malas obras".

Cuando los ángeles alaban a Dios, si escuchan los sonidos que se han de oír en la tierra, oyen la trompeta de la guerra cruel, oyen el grito de bacanal y el canto de los lascivos, y, ¡qué discordia es ésta en la gran armonía de las esferas! El hecho es este: el mundo era originalmente una gran cuerda en el arpa del universo, y cuando el Todopoderoso hizo sonar esa arpa con Sus dedos llenos de gracia, no se oyó nada más que alabanza, ahora que la cuerda se rompió, y ¿dónde ha estado? restablecido por la gracia, aún no ha sido completamente restaurado a su tono perfecto, y la nota que sale de él tiene poco de dulzura y mucha disonancia.

Pero, oh Espíritu brillante, mantén tu lugar y sigue viviendo. El día se acelera con ruedas resplandecientes, y su eje está caliente con la velocidad. Se acerca el día en que este mundo volverá a ser un paraíso.

Jesucristo, que vino la primera vez para sangrar y sufrir, para lavar al mundo de su iniquidad, viene por segunda vez para reinar y vencer, para vestir la tierra de gloria, y llegará el día en que, oh Espíritu, oirá de nuevo la eterna armonía. Una vez más las campanas de la tierra se sintonizarán con las melodías del cielo, una vez más el eterno coro encontrará que ningún cantor está ausente, sino que la música está completa.

Pero, ¿cómo va a ser esto? ¿Cómo se va a traer de vuelta el mundo? ¿Cómo se va a restaurar? Respondemos, la razón por la que hubo esta armonía original entre la tierra y el cielo fue porque había amor entre ellos dos, y nuestra gran razón para esperar que por fin se restablezca una armonía perfecta entre el cielo y la tierra es simplemente esta, que Dios ya ha manifestado su amor hacia nosotros, y que, a cambio, los corazones tocados por Su gracia le aman ahora mismo, y cuando se multipliquen y se restablezca el amor, entonces la armonía será completa.

Habiendo presentado así mi texto, debo sumergirme ahora en él. Notaremos la familia, el alimento, y el andar del amor, y exhortaremos a todos los creyentes aquí presentes, a amar a Dios porque Él los ha amado primero.

1. En primer lugar, **LA FAMILIA DEL VERDADERO AMOR A DIOS.**

No hay luz en el planeta sino la que viene del sol, no hay luz en la luna sino la prestada, y no hay amor verdadero en el corazón sino el que viene de Dios. El amor es la luz, la vida y el camino del universo.

Ahora bien, Dios es vida, y luz, y camino, y para coronar todo, Dios es amor. De esta fuente rebosante del amor infinito de Dios debe brotar todo nuestro amor a Dios. Esta debe ser siempre una gran y cierta verdad, que lo amamos, por la única razón de que Él nos amó primero. Hay quienes piensan que se puede amar a Dios con la simple contemplación de sus obras. No lo creemos.

Hemos oído hablar mucho de admirar a los filósofos, y hemos sentido que la admiración era más que posible cuando se estudiaban las obras de Dios. Hemos oído hablar mucho de descubridores asombrados, y hemos reconocido que la mente que no se asombra cuando contempla las obras de Dios debe ser vil, y algunas veces hemos oído hablar de un amor a Dios que ha sido engendrado por la belleza del paisaje, pero nunca hemos creído en su existencia.

Creemos que donde el amor ya nace en el corazón del hombre, todas las maravillas de la providencia y la creación de Dios pueden excitar ese amor nuevamente, estando ya allí, pero no creemos ni podemos creer, porque nunca vimos tal instancia, que la mera contemplación de las obras de Dios podría elevar a cualquier hombre a la altura del amor.

De hecho, el gran problema se ha intentado y se ha resuelto negativamente. Lo que dijo el poeta,

***“¿Qué pasa si las brisas especiadas soplan suavemente sobre la isla de Java;
Donde todas las perspectivas agradan, y sólo el hombre es vil”.***

Donde Dios es más resplandeciente en Sus obras y más pródigo en Sus dones, allí el hombre ha sido el más vil y Dios es el más olvidado.

Otros han enseñado, si no exactamente en la doctrina, pero su doctrina conduce necesariamente a ella, que la naturaleza humana puede por sí misma alcanzar el amor a Dios. Nuestra simple respuesta es que nunca nos hemos encontrado con tal instancia. Curiosamente hemos cuestionado al pueblo de Dios, y creemos que otros lo han cuestionado en todas las épocas, pero nunca hemos tenido sino una respuesta a esta pregunta: "¿Por qué has amado a Dios?" La única respuesta ha sido: "Porque Él me amó primero".

He oído a hombres predicar sobre el libre albedrío, pero nunca he oído hablar de un cristiano que exalte el libre albedrío en su propia experiencia. He oído a hombres decir que los hombres por su propia voluntad pueden volverse a Dios, creer, arrepentirse y amar, pero he oído a las mismas personas, hablando de su propia experiencia, decir que no se volvieron así a Dios, sino que Jesús los buscó cuando eran extraños, extraviados del redil de Dios.

Todo el asunto puede parecer bastante engañoso cuando se predica, pero cuando se siente se descubre que es un fantasma. Puede parecer lo suficientemente correcto para que un hombre diga a sus semejantes que su propio libre albedrío puede salvarlo, pero cuando llega a terminar de tratar con su propia conciencia, él mismo, por salvaje que sea su doctrina, se ve obligado a decir: "¡Oh! sí, amo a Jesús porque Él me amó primero".

Me ha asombrado un hermano wesleyano que a veces ha criticado esta doctrina en el púlpito, y luego ha recitado este mismo himno, y todos los miembros de la iglesia se han unido para cantarlo de todo corazón, mientras que al mismo tiempo estaban tocando el toque de difuntos de sus propios principios peculiares, porque si ese himno es verdadero, el arminianismo debe ser falso. Si es un hecho cierto que la única razón por la que amamos a Dios es que Su amor ha sido derramado en nuestros corazones, entonces no puede ser cierto de ninguna manera que el hombre haya amado o amará a Dios, hasta que en primer lugar Dios haya manifestado su amor hacia él.

Pero sin discutir más, ¿no admitimos todos que nuestro amor a Dios es el dulce retoño del amor de Dios por nosotros? ¡Ay! Amado, la fría admiración que todo hombre puede tener, pero el calor del amor solo puede ser encendido por los fuegos del Espíritu de Dios. Que cada

cristiano hable por sí mismo, todos tendremos esta gran y cardinal verdad, que la razón de nuestro amor a Dios es la dulce influencia de su gracia.

A veces me pregunto que a nosotros se nos debería haber hecho amar a Dios en absoluto. ¿Es nuestro amor tan precioso que Dios debería cortejar nuestro amor, vestido con las vestiduras carmesí de un Redentor moribundo? Si hubiéramos amado a Dios, no habría sido más de lo que Él merecía. Pero cuando nos rebelamos y, sin embargo, Él buscó nuestro amor, fue realmente sorprendente.

Fue una maravilla cuando se desnudó de todos sus esplendores, y descendiendo y envolviéndose en un manto de barro, pero creo que la maravilla es aún mayor, porque después de haber muerto por nosotros, todavía no lo amamos, nos rebelamos contra Él, rechazamos la proclamación del Evangelio, resistimos a Su Espíritu, pero Él dijo: Yo tendré sus corazones, y Él nos siguió día tras día, hora tras hora.

A veces nos humillaba y decía: "¡Ciertamente me amarán si los restauro!". En otra ocasión nos llenó de maíz y de vino y dijo: "Ciertamente ahora me amarán", pero aún nos rebelábamos, aún nos rebelábamos. Finalmente dijo: "No me esforzaré más, soy Todopoderoso, y no permitiré que un corazón humano sea más fuerte que yo. Yo vuelvo la voluntad del hombre como se vuelven los ríos de las aguas", y he aquí, Él desplegó Su fuerza, y en un instante la corriente cambió, y lo amamos porque entonces pudimos ver el amor de Dios, en que Él envió Su Hijo para ser nuestro Redentor.

Pero debemos confesar, amados, volviendo a la verdad con la que comenzamos, que nunca deberíamos haber tenido ningún amor hacia Dios, a menos que ese amor hubiera sido sembrado en nosotros por la dulce semilla de Su amor por nosotros. Si hay alguno aquí que ama a Cristo, que difiera de esta doctrina aquí, pero que sepa que no diferirá en lo sucesivo, porque en el cielo todos cantan, alabanza a la gracia gratuita. Todos cantan: "Salvación a nuestro Dios y al Cordero".

2. El amor, entonces, tiene por padre el amor de Dios derramado en nuestros corazones. Pero después de que es divinamente nacido en nuestro corazón debe ser divinamente **NUTRIDO**. El amor es un exótico, no es una planta que florecerá naturalmente en suelo humano. El amor a Dios es una cosa rica y rara, moriría si se dejara congelar por las heladas ráfagas de nuestro egoísmo, y si no recibiera más alimento que el que puede extraerse de la roca de nuestros propios corazones duros, debe perecer. Como el amor viene del cielo, así debe alimentarse del pan celestial. No puede existir en este desierto a menos que sea nutrido desde arriba y alimentado por el maná de lo Alto. ¿De qué entonces se alimenta el amor? ¿Por qué, se alimenta de amor? Aquello que lo produjo se convierte en su alimento. "Lo amamos, porque él nos amó primero".

El motivo constante y el poder sustentador de nuestro amor a Dios, es Su amor por nosotros. Y aquí permítanme señalar que hay diferentes tipos de alimentos, en este gran granero del amor. Cuando somos primeramente renovados, el único alimento con el que podemos vivir es la leche, porque somos bebés y todavía no tenemos la fuerza para alimentarnos de las verdades superiores. Lo primero, pues, de lo que se alimenta nuestro amor cuando es niño, es el sentido de los favores recibidos. Pregúntale a un joven cristiano por qué ama a Cristo, y te dirá: ¡Amo a Cristo porque Él me ha comprado con Su sangre! ¿Por qué amas a Dios Padre? Amo a Dios Padre porque dio a su Hijo por mí. ¿Y por qué amas a Dios el Espíritu? Lo amo porque ha renovado mi corazón. Es decir, amamos a Dios por lo que nos ha dado. Nuestro primer amor se alimenta del sencillo alimento de un recuerdo agradecido de las misericordias recibidas, y fíjate, por mucho que crezcamos en la gracia, esto siempre constituirá una gran parte del alimento de nuestro amor.

Pero cuando el cristiano envejece y tiene más gracia, ama a Cristo por otra razón. Ama a Cristo porque siente que Cristo merece ser amado. Confío en que puedo decir que ahora tengo en mi corazón un amor por Dios, totalmente aparte del asunto de mi salvación personal. Siento que incluso ahora, debo amarlo, porque su carácter es tan indescriptiblemente hermoso. Su amor por otras personas parece como si me obligara a amarlo.

Pensar que Él debería amar a los hombres es un pensamiento tan grande que, aparte de mi interés en ello, confío en poder decir que amo a Cristo, habiendo visto algo de Cristo en Sus oficios, y algo de las bellezas embelesadas de Su persona compleja. Siento como si pudiera ponerme a Sus pies y decir: "Dulce Señor, te amé primero por los dones que me das, pero ahora te amo porque eres absolutamente encantador. Has embelesado mi alma con la mirada de Tus ojos, has embelesado mi espíritu con las glorias de Tu persona, y ahora Te amo, no sólo porque he comido de Tu pan, y Tú has suplido mis necesidades, sino que te amo a ti por lo que eres".

Pero fíjate, al mismo tiempo, siempre debemos mezclar con este, el viejo motivo. Todavía debemos sentir que comenzamos con ese primer peldaño, amando a Cristo por Sus misericordias, y que, aunque hemos subido más alto y hemos llegado a amarlo con un amor que es superior al de este motivo, todavía llevamos el viejo motivo con nosotros. Lo amamos por Su bondad hacia nosotros. Bueno, creo que es posible que un hombre, lleno del amor de Cristo en su corazón y ceñido por la gracia divina, se eleve hasta tal grado de amor por Cristo, que, si pudieras oírlo hablar, lo harías. Siéntate y maravíllate, como si un ángel te hablara.

¿Leíste alguna vez las cartas divinas de Rutherford? Creo que, si queda entre los hombres un remanente de la antigua inspiración que guió la pluma de Salomón, descansó sobre la cabeza de Rutherford. Si lees los sonetos del dulce George Herbert, oh, cuán dulcemente canta él a su Maestro.

Si alguna de las arpas celestiales quedó por accidente en la tierra, George Herbert encontró una, y tocó las cuerdas vivas con tal divina excelencia de juicio, que hizo que cada cuerda encontrara a su Maestro.

Estos hombres no amaban a Cristo simplemente por lo que Él había hecho por ellos, sino que encontrarán en sus sonetos y en sus cartas que el motivo de su amor era que Él se había comunicado con ellos, les había mostrado Sus manos y Su costado, habían caminado con Él en los pueblos, se habían acostado junto a Él en los lechos de especias, habían entrado en el círculo místico de la comunión, y sentían que amaban a Cristo porque era todo glorioso y tan divinamente bello, que si todas las naciones pudieran contemplarlo, seguro que ellas también deberían verse obligadas a amarlo.

Este, pues, es el alimento del amor, pero cuando el amor se enriquece, y a veces lo hace, el corazón amantísimo se enfría hacia Cristo. ¿Sabes que el único alimento que le conviene al amor enfermo, es el alimento del que se alimentó al principio? He oído decir a los médicos que si un hombre está enfermo, no hay lugar tan adecuado para él como el lugar donde nació, y si el amor se enferma y se enfría, no hay lugar tan adecuado para ir al lugar donde nació, a saber, el amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

¿Dónde nació el amor? ¿Nació en medio de un escenario romántico y fue criada con maravillosas contemplaciones en el regazo de la belleza? ¡Ay! no. ¿Había nacido en los despeñaderos del Sinaí, cuando Dios vino del Sinaí, y el Santo del monte Parán, y derritió las montañas con el toque de Su pie, e hizo que las rocas se deslizaran como cera ante Su terrible presencia? ¡Ay! no. ¿Nació el amor en el Tabor, cuando el Salvador se transfiguró y su vestido se volvió más blanco que la lana, más blanco de lo que cualquier batanero podría hacerlo? ¡Ay! no, las tinieblas se precipitaron sobre la vista de aquellos que lo miraron entonces, y se durmieron, porque la gloria los cubrió.

Déjame decirte dónde nació el amor. El amor nació en el Huerto de Getsemaní, donde Jesús sudó grandes gotas de sangre, se nutrió en la sala de Pilatos, donde Jesús desnudó Su espalda al azote del látigo, y entregó Su cuerpo para ser escupido y azotado. El amor se alimentó en la cruz, entre los gemidos de un Dios que agoniza, bajo las gotas de su sangre, fue allí donde se alimentó el amor. Dadme testimonio, hijos de Dios, ¿de dónde brotó vuestro amor sino del pie de la cruz?

¿Alguna vez viste crecer esa dulce flor en otro lugar que no sea al pie del Calvario? No, fue cuando viste "el amor divino, superando todos los amores", superándose a sí mismo, fue cuando viste al amor esclavo de sí mismo, muriendo de su propio golpe, dando su vida, aunque tenía poder para retenerla y para retomarla, fue allí que nació tu amor.

Y si quieres que tu amor, cuando esté enfermo, se recupere, llévalo a alguno de esos dulces lugares, haz que se siente a la sombra de los olivos, y haz que se pare en el pavimento y mire, mientras la sangre todavía está brotando. Llévalo a la cruz y pídele que mire y vea de nuevo al Cordero sangrante, y seguramente esto hará que tu amor pase de un enano a un gigante, y esto lo avivará de una chispa a una llama.

Y luego, cuando tu amor sea así rescatado, permíteme pedirte que ejercites tu amor por completo, porque crecerá de ese modo. Vosotros decís: "¿Dónde ejercitaré la contemplación de mi amor, para hacerlo crecer?" ¡Vaya! Sagrada Paloma de amor, extiende Tus alas y haz de águila ahora. ¡Ven! abre bien tus ojos, y mira de frente al rostro del Sol y vuela hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba, muy por encima de las alturas de la creación de este mundo, hacia arriba hasta que te pierdas en la eternidad.

Recuerda que Dios te amó desde antes de la fundación del mundo. ¿No fortalece esto vuestro amor? ¡Ay! ¿Qué aire tonificante es ese aire de eternidad? Cuando me adentro por un momento y pienso en la gran doctrina de la elección de...

"Ese inmenso amor sin medida, que, desde los días de antaño, abrazó a toda la simiente escogida, como ovejas dentro del redil".

Hace que las lágrimas corran por las mejillas de uno, al pensar que deberíamos tener interés en ese decreto y concilio de los Tres Todopoderosos, cuando todos los que serían comprados con sangre tenían su nombre inscrito en el libro eterno de Dios.

Ven, alma, te mando ahora ejercitar un poco tus alas, y mira si esto no te hace amar a Dios. Pensó en ti antes de que tuvieras un ser. Cuando el sol y la luna aún no existían, cuando el sol, la luna y las estrellas dormían en la mente de Dios como bosques no nacidos en una copa de bellota, cuando el viejo mar aún no había nacido, mucho antes de que este mundo infantil yaciera, en sus pañales de niebla, entonces Dios había inscrito tu nombre en el corazón y en las manos de Cristo indeleblemente, para permanecer para siempre.

¿Y esto no te hace amar a Dios? ¿No es este dulce ejercicio para tu amor? Porque aquí es donde entra mi texto, dando por así decirlo, la última carga en esta dulce batalla de amor, una carga que arrasa con todo a su paso. "Amamos a Dios, porque él nos amó primero", ya que nos amó antes del principio de los tiempos, y cuando en la eternidad moraba solo.

Y cuando te hayas remontado hacia la eternidad pasada, tengo otro vuelo más para ti. Remóntate a través de tu propia experiencia y piensa en el camino por el cual el Señor tu Dios te ha conducido en el desierto, y cómo te ha alimentado y vestido todos los días, cómo ha soportado tus malos modales, cómo te ha soportado con todas vuestras murmuraciones y

todos vuestros anhelos por las ollas de carne de Egipto, cómo abrió la peña para proveeros, y os sustentó con maná que descendía del cielo. Piensa en cómo te ha bastado Su gracia en todas tus tribulaciones, cómo te ha sido Su sangre un perdón en todos tus pecados, cómo te ha consolado Su vara y Su cayado.

Y cuando hayas volado sobre este dulce campo de amor, puedes volar más lejos y recordar que el juramento, el pacto, la sangre, tienen algo más en ellos que el pasado, porque, aunque "Él nos amó primero", sin embargo, esto no significa que dejará de amarte, porque Él es el Alfa y será la Omega, Él es el primero y será el último, y por eso piensa que cuando pases por el valle de sombra de muerte, no debes temer mal alguno, porque Él está contigo.

Cuando te encuentres en las frías inundaciones del Jordán, no debes temer, porque la muerte no puede separarte de Su amor, y cuando entres en los misterios de la eternidad, no debes temblar, porque "estoy seguro de que ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Y ahora, alma, ¿no se refresca tu amor? ¿No te hace esto amarlo? ¿Un vuelo sobre esas llanuras ilimitadas del éter del amor, no inflama vuestro corazón y os obliga a deleitaros en el Señor vuestro Dios? Aquí está el alimento del amor, "Nosotros lo amamos, porque él nos amó primero", y porque en ese primer amor está la prenda y la promesa de que Él nos amará hasta el final.

3. Y ahora viene el tercer punto, el **ANDAR DEL AMOR**.

"Lo amamos". Hijos de Dios, si Cristo estuviera aquí en la tierra, ¿qué haríais por Él? Si mañana se rumoreara que el Hijo del hombre ha bajado del cielo como vino al principio, ¿qué haríais por él? Si hubiera un testigo infalible de que los pies que pisaron las tierras sagradas de Palestina pisaban en realidad los caminos de Gran Bretaña, ¿qué harías por Él? Oh, puedo concebir que habría un tumulto de corazones encantados, una sobreabundancia de manos generosas, que habría un mar de ojos llorosos para contemplarlo.

"¡Haz por Él!" dice uno, "¡Haz por Él! Si Él tuviera hambre, le daría carne, aunque fuera mi último trozo. Si tuviera sed, le daría de beber, aunque mis propios labios estuvieran resecos por el fuego. Si estuviera desnudo, me desnudaría y temblaría de frío para vestirlo. ¡Haz por Él! Apenas sabría qué hacer. Me apresuraría a irme, y me arrojaría a Sus amados pies, y le rogaría, si tan sólo lo honrara, que Él me pisoteara y me aplastara en el polvo, si Él se levantara tan sólo una pulgada más arriba del suelo. ¡Si Él quisiera un soldado, me alistaría en Su ejército, si Él necesitara que alguien muriera, entregaría mi cuerpo para ser quemado, si Él estuviera presente para ver el sacrificio y animarme en las llamas!"

¡Oh, hijas de Jerusalén! ¿No saldríais a encontrarlo? ¿No te regocijarías con el tamboril y en la danza? Baila entonces, como Miriam al lado de las aguas de Egipto, rojas de sangre. Nosotros, los hijos de los hombres, danzaríamos como David ante el arca, exultantes de gozo, si Cristo viniera.

¡Ay! pensamos que lo amamos tanto que deberíamos hacer todo eso, pero después de todo, hay una pregunta grave sobre la verdad de este asunto. ¿No sabéis que la esposa y la familia de Cristo están aquí? Y si lo amas, ¿no se deduciría como una inferencia natural que amarías a Su novia y Su descendencia? "¡Ah!" dice uno, "Cristo no tiene novia en la tierra". ¿No lo ha hecho? ¿No se ha desposado con Su iglesia? ¿No es Su iglesia, la madre de los fieles, Su propia esposa elegida? ¿Y no dio Él Su sangre como dote? ¿Y no ha declarado que nunca se divorciará de ella, porque odia repudiar, y que consumará el matrimonio en el último gran día, cuando venga a reinar con Su pueblo sobre la tierra?

¿Y no tiene hijos aquí? "Las hijas de Jerusalén y los hijos de Sion, ¿quién me engendró a éstos?" ¿No son ellos la descendencia del Padre eterno, el Príncipe de la Paz, el niño nacido, el Hijo dado? Seguramente lo son, y si amamos a Cristo, como pensamos que amamos, como pretendemos amamos, amaremos a Su iglesia y a Su pueblo.

¿Y amas a Su iglesia? Quizás amas la parte a la que perteneces. Te encanta la mano, puede ser una mano adornada con muchos anillos brillantes de ceremonias nobles, y eso te encanta. Puede que pertenezcas a alguna denominación pobre, golpeada por la pobreza, puede ser el pie, y amas el pie, pero hablas con desdén de la mano porque está adornada con mayores honores. Mientras que ustedes, los de la mano, quizás estén hablando a la ligera de los que son del pie. Hermanos, es cosa común entre todos nosotros amar sólo una parte del cuerpo de Cristo, y no amar todo, pero si le amamos debemos amar a todo Su pueblo.

Cuando estamos de rodillas en oración, me temo que cuando estamos orando por la iglesia no queremos decir todo lo que decimos. Estamos orando por nuestra iglesia, nuestra sección de ella. Ahora, el que ama a Cristo, si es bautista, ama la doctrina del bautismo porque sabe que es bíblica, pero al mismo tiempo, dondequiera que ve la gracia de Dios en el corazón de cualquier hombre, lo ama, porque es parte de la iglesia viviente, y no le niega su corazón, ni su mano, ni su casa porque discrepe en algún punto. Oro para que la iglesia en estos días pueda tener un espíritu más amoroso hacia sí misma.

Debemos deleitarnos en el avance de cada denominación. ¿Se está despertando la Iglesia de Inglaterra de su sueño? ¿Está brotando como un ave fénix de sus cenizas? ¡Dios esté con ella, y Dios la bendiga!

¿Está otra denominación dirigiendo la vanguardia, y buscando por medio de sus ministros atraer al vagabundo a la casa de Dios? ¡Dios esté con él! ¿Está el metodista primitivo

trabajando en el seto y la zanja, esforzándose por su Maestro? ¡Dios lo ayude! ¿Está el calvinista tratando de defender a Cristo crucificado en todo su esplendor? ¡Dios esté con él! Y si otro hombre con mucho menos conocimiento predica mucho error, pero todavía sostiene que “Por gracia sois salvos por medio de la fe”, entonces Dios lo bendiga, y que el éxito esté con él para siempre. Si amaras más a Cristo, ¡amarías toda la iglesia de Cristo y todo el pueblo de Cristo!

¿No sabéis que Cristo tiene ahora una boca en la tierra, y ha dejado una mano en la tierra y un pie en la tierra todavía?, y que, si queréis probar vuestro amor por Él, no pensaréis que no podéis alimentarlo; no imagines que no puedes llenar Su mano, o que no puedes lavar Sus pies, puedes hacer todo esto hoy. Ha dejado a su pueblo pobre y afligido, y tienen la boca hambrienta, porque tienen necesidad de pan, y su lengua está reseca porque tienen necesidad de agua.

Te encuentras con ellos, vienen a ti, son indigentes y afligidos. ¿Los rechazas? ¿Sabes a quién negaste en tu puerta? “En cuanto no lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, no lo hicisteis conmigo”. Al rechazar la petición de los pobres, cuando podrías haberlos ayudado, rechazaste a Cristo. Cristo era virtualmente el hombre a quien negabas con parsimonia las limosnas necesarias, tu Salvador fue así rechazado a la puerta de alguien por quien Él mismo había muerto.

¿Quieres alimentar a Cristo? Abre entonces tus ojos, y lo verás en todas partes, en nuestras callejuelas, en nuestros callejones, en todas nuestras iglesias, conectadas con cada rama del pueblo de Cristo, encontrarás a los pobres y afligidos. Si quieres alimentar a Cristo, alimenta a ellos, pero dices que estás dispuesto a lavar los pies de Cristo, ¡ay! bien, y tú puedes hacerlo. ¿No tienes hijos caídos? ¿No hay hermanos que hayan pecado y que estén así contaminados? Si los pies de Cristo estaban sucios, dices que los lavarías, entonces si un hombre cristiano se ha hecho a un lado, busca restaurarlo y guiarlo una vez más por el camino de la justicia.

¿Y quieres llenar las manos de Cristo con tu liberalidad? Su iglesia es la casa del tesoro de Sus limosnas, y la mano de Su iglesia está tendida en busca de ayuda, porque ella siempre la necesita. Ella tiene una obra que hacer que debe llevarse a cabo, ella está en apuros porque tu ayuda le es negada, vierte tus dones en su tesorería, porque todo lo que puedes darle se lo da al Señor Jesucristo.

Finalmente, para estimular vuestro amor, permítanme recordarles que Cristo Jesús tuvo dos pruebas de su amor, que soportó con firmeza, pero que a menudo son demasiado para nosotros. Cuando Cristo estaba en lo alto y glorioso, me maravillo de que nos amó a nosotros.

He conocido a muchos hombres que amaban a su amigo cuando estaba en la misma depresión, pero se ha levantado, y ha desdeñado conocer al hombre en cuya mesa se había

alimentado. Una elevada elevación prueba el amor que sentimos por aquellos que son inferiores a nosotros en rango.

Ahora bien, Cristo Jesús, el Señor del cielo y el Rey de los ángeles, se dignó fijarse en nosotros antes de venir a la tierra, y siempre nos llamó hermanos, y desde que subió al cielo y volvió a tomar la corona, y una vez más se sienta a la diestra de Dios, Él nunca se ha olvidado de nosotros, su alto estado nunca lo ha hecho menospreciar a un discípulo.

Cuando entró triunfalmente en Jerusalén, no leemos que desdeñó confesar que los humildes pescadores eran sus seguidores. Y, "ahora, aunque reina, exaltado en lo alto, su amor sigue siendo igual de grande", todavía nos llama hermanos, amigos, todavía reconoce el parentesco de una sola sangre. Y, sin embargo, por extraño que parezca, hemos conocido a muchos cristianos que han olvidado mucho de su amor a Cristo cuando han resucitado en el mundo.

"¡Ah!" dijo una mujer que solía hacer mucho por Cristo en la pobreza, y a quien le había dejado una gran suma: "No puedo hacer tanto como antes", "pero, ¿cómo es eso?" dijo uno, ella dijo: "Cuando tenía una bolsa de un chelín, tenía un corazón de guinea, y ahora que tengo una bolsa de una moneda, solo tengo un corazón de un chelín".

Es una triste tentación para algunos hombres hacerse ricos. Estaban contentos de ir a la casa de reuniones y mezclarse con la congregación innoble mientras tenían poco, se han enriquecido, hay una alfombra turca en el salón, tienen arreglos demasiado espléndidos para permitirles invitar a los pobres del rebaño como antes lo hacían, y Cristo Jesús no está tan de moda como para permitirles introducir cualquier tema religioso cuando se encuentran con sus nuevos amigos.

Además de esto, dicen que ahora están obligados a hacer esta visita y aquella visita, y deben gastar tanto tiempo en vestirse y en mantener su posición y respetabilidad, que no pueden encontrar tiempo para orar como lo hacían. La casa de Dios tiene que ser descuidada por la fiesta, y Cristo tiene menos de su corazón que nunca. "¿Es esta tu bondad para con tu amigo?" ¿Y te has elevado tanto que te avergüenzas de Cristo? ¿Y os habéis enriquecido tanto que desprecian a Cristo en su pobreza? ¡Ay, pobre riqueza! ¡Ay, ruin riqueza! ¡Riqueza vil! Bien os valdría que todo fuese barrido, que el descenso a la pobreza fuese el restablecimiento del ardor de vuestro afecto.

Pero una vez más, ¡qué prueba de amor fue aquella, cuando Cristo comenzó a sufrir por nosotros! Hay muchos hombres, no lo dudo, que son verdaderos creyentes y aman a su Salvador, que temblarían ante la prueba del sufrimiento.

Imagínese, mi hermano, llevado hoy a algún oscuro calabozo de la Inquisición, conciba que todos los horrores de la edad oscura reviven, lo bajan por una larga y oscura escalera y lo apuran, no sabe dónde, por fin llega a un lugar. En lo profundo de las entrañas de la tierra, y alrededor se ven colgando de las paredes las tenazas, los instrumentos de tortura de todas clases y formas. Hay dos inquisidores allí que te dicen: "¿Estás dispuesto a renunciar a tu fe herética y volver al seno de la iglesia?"

Concibo, mis hermanos y hermanas, que tendrían la fuerza mental y la gracia suficientes para decir: "No estoy preparado para negar a mi Salvador". Pero cuando las tenazas comenzaban a desgarrar la carne, cuando las brasas comenzaban a abrasar, cuando el potro comenzaba a dislocar los huesos, cuando todos los instrumentos de tortura ejercían su venganza infernal, a menos que la mano sobrenatural de Dios fuera poderosamente sobre ti, estoy seguro que en tu debilidad negarías a tu Señor, y en la hora de tu peligro abandonarías al Señor que te rescató.

Cierto, el amor de Cristo en el corazón, cuando es sostenido por Su gracia, es lo suficientemente fuerte para ayudarnos, pero me temo que, con muchos de nosotros aquí presentes, si no tuviéramos más amor del que tenemos ahora, vendríamos fuera de la inquisición como miserables apóstatas de la fe. Pero ahora, recuerda a Cristo, estuvo expuesto a torturas, que en realidad eran mucho más tremendas, por lejos. No hay motor de la crueldad romana, que pueda igualar esa terrible tortura que hizo sudar sangre por cada poro. Cristo fue flagelado y crucificado, pero hubo otros males que no vemos, que fueron el alma de sus agonías.

Ahora bien, si Cristo en la hora de la dura prueba hubiera dicho: "Repudio a mis discípulos, no moriré", podría haber bajado de la cruz y ¿quién podría acusarlo de maldad? Él no nos debía nada, nosotros no podíamos hacer nada por Él. Pobres gusanos serían todo lo que Él rechazaría. Pero nuestro Maestro, incluso cuando el sudor sangriento lo cubría como con un manto de sangre, nunca pensó en repudiarnos, **NUNCA**.

"Padre mío", dijo una vez, "si es posible, pase de mí esta copa". Pero siempre estaba el "si es posible". Si es posible salvar sin ella, que pase la copa, pero si no, hágase Tu voluntad.

Nunca lo oyes decir en el salón de Pilato, una sola palabra que te haga imaginar que se arrepintió de haber hecho un sacrificio tan costoso por nosotros, y cuando sus manos están traspasadas, y cuando está reseco por la fiebre, y su lengua está seca como un tiesto, y todo Su cuerpo se disuelve en el polvo de la muerte, nunca se escucha un gemido o un grito que parezca volver atrás. Es el grito de alguien decidido a seguir adelante, aunque sabe que debe morir en Su marcha hacia adelante. Fue un amor que no pudo ser detenido por la muerte, sino que superó todos los horrores de la tumba.

Ahora, ¿qué decimos nosotros a esto? Nosotros, que vivimos en estos tiempos más suaves, ¿estamos a punto de renunciar a nuestro Maestro cuando seamos probados y tentados por Él? ¡Joven en el taller! te toca a ti ser burlado porque eres un seguidor del Salvador, ¿y te alejarás de Cristo a causa de una burla? ¡Mujer joven! se burlan de vosotras porque profesáis la religión de Cristo, ¿la risa disolverá el lazo de amor que une vuestro corazón a Él, cuando todo el estruendo del infierno no podría desviar Su amor de vosotros?

Y tú que sufres porque mantienes un principio religioso, eres rechazado de los hombres, ¿no soportarás que la casa sea despojada y que comas el pan de la pobreza, antes que deshonorar a tal Señor? ¿No saldréis de este lugar, con la ayuda del Espíritu de Dios, jurando y declarando que, en la vida, venga la pobreza, venga la riqueza, en la muerte, venga el dolor, pase lo que pase, sois y tendréis que ser siempre del Señor, porque esto está escrito en tu corazón: "Nosotros lo amamos, porque él nos amó primero"?

EstudiaLaPalabra.org